

# Iniciar a los jóvenes en la experiencia eclesial

S. MOVILLA

Durante años y años, todavía hoy, los educadores y agentes de pastoral juvenil nos preocupamos por las relaciones de la Iglesia con la juventud y de ésta con aquélla. El problema está en que a menudo nos planteamos la cuestión en términos tan generales o tan extremos, que para nada nos sentimos implicados ni urgidos a tomar la menor decisión; sucede esto, por ejemplo, siempre que formulamos las relaciones Iglesia-juventud en términos ajenos a nosotros mismos, es decir, cuando pensamos, de una parte, en la juventud «alejada», indiferente a lo religioso, desinteresada de todo tipo de experiencias religiosas —con la que nosotros, de ordinario, no solemos tener mucho trato—, y, de otra parte, en esa Iglesia «institucional», burocratizada, de escaso talante evangélico —ajena, por supuesto, a nuestras simpatías y con la que tampoco nosotros nos sentimos indentificados—. Siempre que planteamos las cosas así (juventud distante de nuestra propia vida e Iglesia ajena a nuestro verdadero sentido de pertenencia) lo que hacemos es «teorizar», en el sentido más peyorativo del término, es decir, referirnos a realidades que poco o nada nos afectan.

De ahí que yo prefiera abordar el problema de los jóvenes y la Iglesia de forma mucho más concreta y realista, pensando, por un lado, en esos adolescentes y jóvenes con su inquietud religiosa más o menos definida —que son los que habitualmente conocemos y tratamos—, y refiriéndome, por otro lado, a las posibilidades y ofertas más prometedoras que la Iglesia es capaz de hacer hoy a los jóvenes. Voy a centrarme, por lo tanto, en dos puntos concretos: en ver primeramente *de qué modo la Iglesia puede resultar*

*un espacio atrayente y significativo para los jóvenes de hoy, y en precisar luego la manera o las posibilidades que tiene un grupo juvenil de convertirse en espacio de Iglesia.*

## 1. ¿EN QUE SENTIDO PUEDE LA IGLESIA SER UN «ESPACIO» SIGNIFICATIVO Y ATRAYENTE PARA LOS JOVENES DE HOY?

Un modo de responder a esta pregunta podría ser el repetir aquí el modelo o ideal de Iglesia deseado por los jóvenes, con sus rasgos más sobresalientes, tantas veces expresado en sus proclamas y manifiestos y en las numerosas encuestas que se le han hecho<sup>1</sup>. Y otro modo de responder, por el que yo me inclino en estos momentos, puede ser el hecho de aportar una serie de reflexiones, algo más sistematizadas que la simple enumeración de deseos y utopías juveniles, que posiblemente los agentes de pastoral juvenil hemos comentado más de una vez entre nosotros, pero sobre las que debemos volver siempre con renovado interés y preocupación. Dichas reflexiones yo las formularía en estos términos: la Iglesia puede resultar un espacio atrayente y significativo para los jóvenes, a) si es capaz de proclamar convencida unos valores alternativos y contrapuestos a los que hoy día priman en la sociedad, b) si es capaz de ofrecer respuestas válidas a las demandas profundas de la juventud actual, c) y si es capaz de hacer todo esto con unas determinadas condiciones, es decir, corriendo unos riesgos y apostando por una forma de actuar que la defina y comprometa. Y porque estoy convencido de que esa capacidad existe en la Iglesia —en algunos sectores de Iglesias, para ser más precisos—, por eso voy a desarrollar pormenorizadamente los puntos que acabo de enunciar.

<sup>1</sup> Me permito aludir aquí a algunas encuestas y comentarios significativos, por orden de aparición, entre otros: COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL, *Informe «Juventud-1975»*, Madrid, 1975; J. A. GARCÍA, «La juventud de Iglesia habla sobre la Iglesia. Datos y comentario de fondo», en *Sal Terrae*, febrero 1980, pp. 113-126; VICARIATO GENERAL CASTRENSE, *Informe sobre la situación religiosa de la juventud en las Fuerzas Armadas*, Madrid, 1981; G. MILANESI y otros, *Oggi credono così*, vol. II, especialmente los capítulos 1 y 2, LDC, Leumann-Torino, 1981; V. DE PABLO, «Juventud española y fenómeno religioso», en *Misión Joven*, marzo 1980, pp. 41-59; ID., «La Iglesia y los jóvenes», en *Misión Joven*, febrero-marzo 1982, pp. 63-66.

Y quiero mencionar también algunas reflexiones importantes que sobre este asunto han hecho algunos pastoralistas de juventud, entre otros: A. APARISI, «Las críticas a lo religioso; su necesidad y su recuperación en los movimientos de juventud», en *Communio*, julio-agosto 1980, pp. 397-407; ID., «Mensaje y oferta de la Iglesia a la juventud española», en *Medellín*, diciembre 1980, pp. 485-498; J. M. FERNÁNDEZ MARTOS, «Iglesia: te dejan en *Communio*, julio-agosto 1983, pp. 317-328; E. CAMBÓN, «Una eclesiología para la pastoral los jóvenes, ¿te habrás envejecido?», en *Communio*, septiembre-octubre 1982, pp. 355-366; J. M. FISA, «La Iglesia de los jóvenes», en *Cuadernos de orientación familiar*, junio 1981, pp. 29-39; OBISPOS VASCOS, *Diálogo con los jóvenes desde la fe* (Carta pastoral, Cuaresma 1980), PPC, Madrid, 1980; JOSÉ L. PÉREZ, «Iglesia de Cristo, Iglesia de los jóvenes», en *Técnica de Apostolado*, enero-febrero 1976, pp. 7-31; SUBCOMISIÓN DE JUVENTUD DE LA CEAS, *Una experiencia de pastoral juvenil*, Madrid, 1983.

a) **Muchos jóvenes descubren en la Iglesia una referencia significativa y atrayente:**

— Cuando ven que es capaz de hacer sentir con palabras, con gestos y actitudes coherentes, el *potencial de esperanza* que lleva dentro, frente a sectores de la sociedad que lo ven todo muy negro y no tienen apenas perspectivas de futuro. Y porque ese potencial se nutre de la fe que los creyentes tenemos en un futuro mejor y de la firme convicción de que ese futuro pleno y feliz va a ser posible, pues lo ha sido ya en Cristo Jesús, por eso tratamos de que la Iglesia se mueva por referencia de futuro y no sólo por memoria del pasado, y se muestre como verdadero anticipo de todo lo que ella anuncia y dice que quiere llegar a ser, aun cuando para ser anticipo tenga que arriesgarse y apostar decididamente por lo nuevo, es decir, por nuevos valores, por nuevas praxis, por nuevas intuiciones de una mayor calidad de vida, etc.

Claro que no siempre, ni en todas partes, ni menos aún la Iglesia entera, es la que aporta ese potencial de esperanza, sino sólo algunos de sus sectores más vivos, radicales y evangélicos. Pero tal vez no pueda ser de otra manera. Es precisamente lo que muchos lamentan: que la institución-Iglesia no sepa «atender a la pérdida de futuro de la humanidad» (K. Hemmerle), y que se muestre tan envejecida «por su no saber administrar futuro a la humanidad» (J. M. Fernández Martos).

— Cuando en medio de una sociedad regida por intereses económicos, por leyes que terminan dando la razón al poder del dinero, donde saber estar es saber negociar (o, lo que es lo mismo, dar poco a cambio de mucho), y donde rige el principio de «tanto tienes, tanto vales», los jóvenes descubren en contraste otra forma de ser, alternativa, de la *gratuidad*, y la descubren precisamente en «espacios de Iglesia».

Descubrir quiere decir en este caso toparse con personas convencidas de que vivir como hermanos es posible, por puro don gratuito de Dios, «porque El nos amó primero» (1 Jn 4, 19); personas que tratan luego de llevar esa dimensión de gratuidad al difícil entramado social, donde es mucho más fuerte la dinámica del egoísmo; personas, en fin, que entienden que una de las aportaciones más originales de la comunidad eclesial debería ser la de favorecer experiencias donde lo gratuito se significase en abierto contraste con el feroz consumismo que nos invade por todas partes. Descubrir quiere decir, asimismo, haber tomado parte, junto con esas personas, en iniciativas donde la gratuidad se ha hecho notar palpablemente.

— Cuando la Iglesia o, por lo menos, algunos de sus sectores son capaces de contrarrestar las tendencias fuertemente dominadoras, aplastantes, impositivas y explotadoras que vehiculan nuestra sociedad con actitudes y gestos sinceros de *servicio* y de *disponibilidad* hacia los más pobres y desfavorecidos; cuando son capaces de prestar una atención preferente precisamente a los preteridos y a los que casi nadie tiene suficientemente en cuenta.

Y esto lo experimentan hasta los propios jóvenes, y comprueban que es verdad.

— Cuando en contraposición a una sociedad en la que el que está arriba vale, frente al «don-nadie» de abajo, y por eso son tantos los devorados por la fiebre de mejorar el propio *status* social, la Iglesia es lo suficientemente valiente —y hay que reconocer que algunas fuerzas de Iglesia lo son— como para ponerse de parte de los *pobres* y de los relegados al último lugar del escalafón social, porque considera que esos últimos son precisamente los que encarnan los valores primordiales del Reino y descubre en los pobres, en su indigencia e impotencia casi totales, el dinamismo secreto que va a hacer posible el cambio y la transformación social, y que ellos van a ser, por tanto, el futuro dichoso de esta humanidad.

— Cuando la propia Iglesia, atravesada como está por el influjo incesante de la sociedad en la cual vive, uno de cuyos rasgos más característicos es la fuerte preponderancia, casi absoluta, que en ella tienen los adultos, es capaz de ofrecerse como un espacio donde *todos, incluso los jóvenes, pueden y deben ser en él protagonistas*. Y este ofrecimiento no se queda sólo en palabras bonitas, sino que se traduce en decisiones reales de organización y de funcionamiento verdaderamente participativos.

**b) En segundo lugar, los jóvenes entienden que la Iglesia tiene verdadera razón de ser en la medida en que ofrece respuestas válidas a las necesidades profundas que aquejan hoy día a la juventud, cosa que trata de hacer positivamente siempre que:**

— A los jóvenes dispersos, aislados perdidos o evadidos, tanto si es por culpa propia como por razones ajenas, que se encuentran vacíos de sí, desinteriorizados... les ofrece espacios de *acogida* abierta y en nada manipuladora o les *convoca* a sentirse cercanos de otros jóvenes, y de otros adultos también, con los que poder tratar y dialogar, saberse acompañados y apoyados en muchas cosas, con los que poder, en fin, re-encontrarse con las propias aspiraciones personales, con el interés por ser algo o ser alguien en la vida.

— A jóvenes ensimismados o relegados en su propio yo, hastiados tal vez de tanto estar juntos sin poder comunicarse, deseosos de unas relaciones profundas con las que poder enriquecerse... determinados grupos o espacios de Iglesia, por descontento juveniles, les posibilitan una *comunicación* más a fondo consigo mismos y con los otros, una toma de conciencia, crítica y lúcida, de la propia realidad ambiental y social; y no sólo les facilitan esa comunicación, sino que les entrenan poco a poco a conseguirla, evitando el que esos espacios de comunicación se conviertan para los propios jóvenes en lugares de refugio o en «islas de felicidad» en los que vivir relegados sin tener que salir a la intemperie o encararse con la cruda realidad de la vida.

— A jóvenes que andan por ahí extrañados de sí mismos, alucinados, no aclarados, desidentificados o deteriorados en su propia forma de ser y en

su personalidad, en definitiva, no-salvados... les ofrece y propicia una *experiencia*, aunque sea incipiente, *de salvación*, conduciéndoles, a través del conocimiento y de la aceptación de sí mismos, a una identificación personal, a aceptarse tal cual son, a sentirse personas y a saberse considerados así por los demás..., a poner pequeños gestos que *salven* a los jóvenes. Dicho de forma negativa, si en un mundo de desidentificación la Iglesia no presenta posibilidades de identificación, entonces es que no sirve... —piensan los jóvenes—; y como no es posible identificarse sin comunicarse, ni comunicarse sin identificarse, la Iglesia ha de favorecer las dos cosas a la vez. Y esto, a través de un contacto sereno con personas identificadas, que les ayuden a encontrar una razón para vivir y les anuncien, llegado el momento, a Jesucristo como esa plenitud de vida que despierta ilusiones para querer vivir.

Más aún, la Iglesia trata en algunos de sus intentos de sintonizar con los jóvenes que «están en los márgenes», invitándoles a crear «el centro» precisamente en esos márgenes o en esa periferia de marginación social en que se hallan, no desentendiéndose de ellos, no rehuyéndoles ni teniéndoles miedo, no ignorándolos, tampoco manipulándolos, sino haciéndose disponible a sus necesidades y haciéndoles comprender con toda naturalidad y sencillez y, por tanto, con toda verdad, que dentro de ella tienen verdadero «derecho de patria», y que al menos en ese espacio común de Iglesia es donde los jóvenes no tienen por qué sentirse extraños ni extranjeros. Cuando esto lo consigue hacer, siquiera sea en contadas ocasiones o en experiencias reducidas, y los jóvenes esto lo experimentan en carne propia, entonces sí que advierten que la Iglesia vale la pena.

— Por último, siempre que a jóvenes que se encuentran acobardados ante el futuro o que no ven salidas fáciles a su porvenir, la Iglesia consigue contagiarles algo de su *visión esperanzada de la vida y del futuro* y transmitirles la convicción de que el día de mañana encierra mayores posibilidades de ser y de vivir que el hoy que a todos se nos escapa, entonces les está dando en verdad una buena noticia y está conectando con lo más peculiar del joven, quien «por su misma contextura psicológica todavía no hecha se relaciona, mejor que el adulto, con *lo posible*» (J. M. Fernández Martos), y está aceptando de la juventud un valor importante, el de «ser mediadora entre el pasado y el futuro» (J. Rozier).

c) **Para poder llevar a cabo los gestos e iniciativas anteriormente mencionados, la Iglesia tiene que estar dispuesta a pagar unos costes o a correr unos riesgos, cosa que pone sinceramente de manifiesto cuando:**

— En verdad procura que en su ámbito los jóvenes lleguen a ser *protagonistas*, porque comprende sus deseos de «descubrir y de vivir la identidad cristiana sin dejar de ser jóvenes» y porque admite que existe «un estilo de entender y de vivir el Evangelio, que debe ser respetado en el seno de nuestras comunidades cristianas» (Obispos Vascos).

— Reconoce en los propios responsables eclesiales «la incapacidad para denunciar y condenar con valentía las injusticias, los abusos y las mentiras sociales», al tiempo que se pide a sí misma *mayor sensibilidad y compromiso con los graves problemas* que aquejan a los hombres en el momento presente: la amenaza de guerra nuclear, la explotación de los países pobres, el paro, la marginación de los propios jóvenes, etc. Y, desde luego, rehúye cualquier tipo de componenda con el poder político y económico.

— Se reafirma en el mejor incentivo que ella puede ofrecer a los jóvenes, cual es su *talante profético y liberador* y su dimensión de *utopía*, que le dan la posibilidad, siempre que logra vivir todo esto con un mínimo de fe y de coherencia, de constituirse en *alternativa* del orden social actualmente existente, que poca o ninguna simpatía logra despertar entre los jóvenes de hoy.

— Procura anunciar el mensaje evangélico con total claridad, radicalidad y *fuerza interpeladora*, invitando a dar una respuesta de opción consecuente y de seguimiento a Jesús, y evita, por tanto, el contemporizar con los bien instalados y seguros de sí, que lo más que soportan es una predicación tranquilizadora, de «paños calientes», para adormecimiento de la propia conciencia.

— Está dispuesta a una mayor aceptación del *riesgo* y del *error*, renunciando a la excesiva prudencia en la que siempre se ha amparado, por considerar que uno y otro, riesgo y posible error, son factores que conlleva todo crecimiento. De este modo se proclama a sí misma como organismo vivo, admitiendo que «todo sistema vivo se ve amenazado por el desorden, a la vez que se alimenta de él» (E. Morin), y se adecúa en cierto modo a la forma de proceder de los jóvenes, menos temerosos a equivocarse, porque cuentan con tiempo por delante para corregirse.

Si en verdad la Iglesia es capaz de realizar todo esto, es decir, de llevar a la práctica las opciones y gestos que acabo de enumerar, tiene garantizada, qué duda cabe, una cierta credibilidad ante los jóvenes, y puede ser considerada todavía por muchos de ellos como un espacio atrayente y significativo. Lo difícil es pensar, y creer, que esto pueda darse de parte de *toda* la Iglesia con respecto a *toda* la juventud. Lo que, de hecho, vemos a diario es mucho más modesto: que sólo algunos sectores tienen la audacia de presentar ese rostro evangélico de Iglesia y, consiguientemente, sólo unos pocos jóvenes son los que tienen fe en ella. Veamos ahora en qué condiciones y bajo qué exigencias un grupo juvenil puede convertirse en experiencia de Iglesia.

## 2. EL GRUPO JUVENIL, EXPERIENCIA DE IGLESIA

Verificar esta hipótesis un tanto genérica de saber en qué condiciones un grupo juvenil puede resultar para sus componentes experiencia de Iglesia requiere, a mi entender, el deber de clarificar progresivamente, al menos

en sus aspectos más importantes, estos tres pasos sucesivos: qué es lo que caracteriza a un *grupo juvenil* o cuáles son las señas de identidad de un grupo protagonizado por jóvenes, cuándo ese grupo puede llamarse a sí mismo *cristiano* y cuándo se le puede considerar lo suficientemente rico y evolucionado como para *significar adecuadamente la Iglesia*, y qué es lo que deben *aportar*, por fin, sus miembros jóvenes para que las vivencias fundamentales del grupo reproduzcan de algún modo las dimensiones esenciales de la Iglesia.

#### a) **Qué es lo que caracteriza al grupo «juvenil»**

Para considerar a un grupo como juvenil no basta que sus miembros, todos o en su mayor parte, sean efectivamente jóvenes de edad. Pues el factor edad, aun siendo uno de los indicadores determinantes de la configuración de un grupo, no es el único; ni tampoco el más decisivo. Existen otros factores que, de suyo, inciden con mayor fuerza en la caracterización de un grupo, como son los objetivos que el grupo se propone alcanzar, el estilo o modo que tiene de funcionar, la dinámica, consciente o inconsciente, por la que se rige, el talante habitual de sus miembros, no necesariamente acorde con la edad de los mismos, etc.

Pues bien, con estos indicadores a la vista, creo que la identidad del «grupo juvenil» resulta fundamentalmente de estas dos cosas: de sus *miembros*, que manifiestan de ordinario una actitud de no saber a ciencia cierta lo que quieren, junto a unos deseos de realización personal difícil de concretar, y también de la dinámica o inspiración de fondo que imprime una configuración especial al grupo, un estilo y un modo de funcionar precisos, que en el caso concreto que nos ocupa podría definirse como una intensa y continua *preocupación educativa*. Grupo juvenil significa, por tanto, un grupo centrado y polarizado en la educación o maduración de sus miembros, adolescentes o jóvenes, atento a sus aspiraciones profundas y a su dinámica vital, y dispuesto a que en el propio espacio grupal los jóvenes encuentren el ansiado protagonismo.

Al estar integrado el grupo juvenil por personas en fase de crecimiento y de desarrollo personal, no puede menos de tener una intención prevalentemente educativa, como tampoco puede menos de configurarse con un determinado estilo o ritmo, donde la espontaneidad en la incorporación al grupo debe ser regulada, donde los proyectos de trabajo signifiquen posibilidades de acción de cara al futuro, donde la apertura y la incidencia sobre el exterior tiendan a compensar la búsqueda de satisfacciones gratificantes, aun cuando en la programación de actividades hacia fuera haya que tener en cuenta no sólo la urgencia de las situaciones que reclaman actuar, sino las posibilidades reales y más bien limitadas de los propios jóvenes, etc. En suma, el grupo juvenil se caracteriza por una dinámica de crecimiento progresivo, por el impulso, no exento de aventura, hacia adelante, o sea, hacia el futuro, y

también por la necesaria regulación de etapas que marquen un avance continuado a la tendencia impulsiva intermitente o «a rachas» con que de ordinario funcionan los jóvenes<sup>2</sup>.

#### b) Lo peculiar del grupo «cristiano» de jóvenes

Las coordenadas del grupo cristiano pueden fijarse apriorísticamente con el sólo hecho de mencionar los componentes que hacen posible la experiencia de fe, basada fundamentalmente en la llamada de Dios y en la respuesta del hombre («llamada» que necesita ser continuamente acogida, esclarecida y profundizada, a través del anuncio, la catequesis comunitaria, la oración de escucha..., y «respuesta» que debe ser dada por la persona, a través del seguimiento a Jesús en la comunidad, con manifestaciones o expresiones de celebración, de testimonio y compromiso, etc.). Y pueden explicitarse también de forma descriptiva, indicando los diversos aspectos mediante los cuales el grupo juvenil parece alcanzar la vivencia cristiana.

Entre esos aspectos, algún documento de pastoral juvenil subraya, por ejemplo, los siguientes:

«Grupos en donde podáis *compartir vuestra fe* con vuestro propio lenguaje sencillo, espontáneo y juvenil. Grupos donde podáis experimentar la amistad y la *convivencia cristiana*. Grupos donde podáis *celebrar la fe* de una manera más conforme a vuestra condición de jóvenes, en la responsabilidad y el respeto a la identidad y unidad eclesial... Al mismo tiempo, es necesario que estos grupos de jóvenes cristianos sepan *relacionarse* entre sí y con otros grupos de adultos cristianos, de manera que los creyentes se conozcan más profundamente, se enriquezcan mutuamente con sus propias experiencias y vivan de manera muy concreta la *comunión* en una misma Iglesia»<sup>3</sup>.

El mismo documento puntualiza también algunos rasgos por los que parecen identificarse o al menos caracterizarse los grupos cristianos de jóvenes, como son:

«Queréis ser fieles al Evangelio, siendo fieles a vuestra propia originalidad de jóvenes de hoy. Vemos en vosotros un interés real por conocer mejor *la persona de Jesús*, su mensaje y la originalidad de su proyecto de vida. Os vemos empeñados en descubrir con más hondura *el verdadero rostro de Dios* y su plan de salvación y de *liberación* para todos los hombres. Os esforzáis por criticar vuestros criterios y actuaciones *desde el Evangelio* y orientar vuestras opciones a la luz de su mensaje.

<sup>2</sup> Sobre las características del grupo juvenil son interesantes las observaciones que hace R. TONELLI en su obra *Gruppi giovanili e esperienza di Chiesa*, Las-Roma, 1983, pp. 15-16.

<sup>3</sup> OBISPOS VASCOS, *Diálogo con los jóvenes desde la fe*, V, 2.

Es notable en muchos de vosotros el esfuerzo por hacer una *lectura creyente y de la realidad...*»<sup>4</sup>.

También se muestran sensibles los Obispos Vascos al «derecho de patria» y al protagonismo activo que los jóvenes desean ejercitar dentro de la Iglesia:

«Sentís la necesidad de ser *protagonistas más activos* en la construcción de la Iglesia. No queréis simplemente pertenecer a la Iglesia, sino *hacer Iglesia*, de una manera más activa y responsable...»<sup>5</sup>.

En lo que posiblemente se queda corto el grupo juvenil es en el grado de *madurez cristiana*, no muy desarrollado por cierto, que es capaz de alcanzar, sobre todo si lo confrontamos a la estatura del hombre adulto en Cristo (Ef 4, 13), y si tomamos en consideración los criterios de madurez cristiana que insisten, como es lógico, en la opción radical del seguimiento y en la necesidad de ajustar coherentemente la actitud de vida a las propias convicciones de fe<sup>6</sup>.

En cualquier caso, de lo que no dudan nunca los jóvenes cristianamente inquietos es de la conveniencia de compartir su fe con los demás, porque entienden que «la vivencia cristiana de la fe, la esperanza y la caridad es esencialmente personal y al mismo tiempo esencialmente comunitaria. La persona, y sobre todo la persona creyente, 'no existen sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros'. La dimensión personal y la dimensión comunitaria, por tanto, no son dimensiones contrapuestas, sino complementarias: la persona necesita del grupo, y el grupo de la persona»<sup>7</sup>.

### c) ¿Cuándo un grupo es «eclesial»?

En el lenguaje ordinario hablamos indistintamente de grupo cristiano y de grupo eclesial, acostumbrados como estamos a ver que los grupos cristianos funcionan por lo general en espacios eclesiales. Y, sin embargo, para ahondar en el asunto que nos ocupa, conviene que introduzcamos una sutil distinción entre grupos que tratan de encarnar «signos del Reino» («*signa regni*») y grupos que alcanzan a poner en práctica «signos eclesiales» («*signa ecclesiae*»).

Entre los *signa ecclesiae* estarían las tres referencias tradicionales de la *palabra*, los *sacramentos* y el *ministerio*; es decir, la proclamación y acogida

<sup>4</sup> *Id.*, o. c., II, 2.

<sup>5</sup> *Id.*, o. c., II, 3.

<sup>6</sup> Ver en este sentido las precisiones que hace L. HERNÁNDEZ en su artículo «Naturaleza y signos de madurez en los grupos comunitarios de base», en la revista *Ecclesia*, núm. 1.965, 1980, pp. 32-34.

<sup>7</sup> J. BESTARD, *Mundo de hoy y fe cristiana*, Narcea, Madrid, 1981, p. 102.

del mensaje, la celebración de la vida nueva en los sacramentos y la obediencia a quienes en la comunidad sirven a la unidad y a la caridad. Mientras que los *signa regni* apuntarían más bien a una serie de aspectos a través de los cuales es posible —y real— anticipar hoy la promesa del Reino; en los tiempos en que vivimos, y de cara sobre todo a la situación por la que atraviesan los jóvenes, *signos del Reino* pueden ser la proclamación y defensa de valores que afirman la primacía de la vida, y de una determinada calidad de vida, frente al poder de la muerte, tales como la paz, la justicia, la liberación de los pobres y oprimidos, el respeto a los derechos humanos, el poder dar un sentido a la vida, la tarea concientizadora que forma personas críticas, la proporción del sentido de identidad y de seguridad, etc.,<sup>8</sup>.

Como fácilmente se echa de ver, los *signa ecclesiae* son celebración, planificación de sentido y verificación profética de los *signa regni*, manteniendo entre sí una conexión intencional profunda, por lo que se puede considerar «eclesiales» aquellos grupos juveniles que se convierten, de hecho, en «mediación» de Iglesia, es decir, que resultan efectivamente para los jóvenes espacios donde se alumbran poco a poco los *signa regni* de una nueva calidad de vida y donde progresivamente se alcanzará a celebrar todo esto en los *signa ecclesiae*. Dicho de otro modo, la eclesialidad del grupo juvenil tiene que ser necesariamente progresiva: difícilmente se puede iniciar a los jóvenes en el mensaje cristiano y en la vivencia eclesial del mismo si primero no se logra conectar las inquietudes profundas que les animan con los valores fundamentales del Reino. Y, en cambio, sí que pueden ser eclesiales todos aquellos grupos que aceptan dar un significado nuevo desde la fe eclesial a sus búsquedas de sentido y de orientación de la propia vida<sup>9</sup>.

#### d) ¿En qué condiciones el grupo juvenil puede ser experiencia en Iglesia?

La función del grupo juvenil respecto a la pertenencia eclesial puede ser entendida como simple entrenamiento o «plataforma para...» o como verdadero lugar donde surge, se re-crea y se verifica la Iglesia, es decir, como verdadera «eclesiogénesis», en el sentido que le ha dado a este término L. Boff. Por supuesto que aquí apoyamos esta segunda matización, y consideramos que el grupo cristiano es el *humus* donde se implanta germinalmente la Iglesia; más aún, que dicho grupo, en la medida en que se convierte en mediación de Iglesia, es ya Iglesia (entendiendo lo de «mediación» como el signo, visible y concreto, que conduce misteriosa pero eficazmente a la experiencia del amor salvífico de Dios).

<sup>8</sup> Ver esta distinción en R. TONELLI, «Il gruppo giovanile come luogo privilegiato di educazione al senso di appartenenza ecclesiale», en la obra conjunta *Chiesa e giovani*, Las-Roma, 1982, pp. 207-236.

<sup>9</sup> Estos criterios de eclesialidad un tanto originales, siquiera sea en su formulación, los desarrolla ampliamente R. TONELLI en *Pastorale giovanile. Dire la fede in Gesù Cristo nella vita quotidiana*, Las-Roma, 1982, pp. 223-230

Hablando de grupos juveniles, justo es reconocer que el grupo en cuanto tal representa para muchos jóvenes un visible particularmente significativo, o sea, un visible menos opaco que otras instancias de la institución eclesial para significar el misterio del que es portador la Iglesia; sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que el grupo juvenil agote en sí las dimensiones de Iglesia, ni siquiera que sea capaz de encarnarlas a la perfección.

Ahora bien, si la comunidad eclesial representa el espacio existencial más significativo en el que poder acoger y experimentar el don de la salvación, y esto lo consigue particularmente porque, en cuanto comunidad, ofrece, por lo general, un espacio de identificación y de intensa capacidad significativa, lógico será concluir que a través de esta doble oferta, a saber, de identificación progresiva y de hallazgo de significado, es como el grupo puede resultar para los jóvenes experiencia de Iglesia<sup>10</sup>. En este mismo sentido, el grupo juvenil será portador de experiencia eclesial en la medida en que sea capaz de acoger y de poner en acto la demanda educativa, es decir, en la medida en que sepa proclamar al vivo, aunando concienciación y capacidad creativa, cuáles son las verdaderas búsquedas e inquietudes profundas de los jóvenes y en la medida en que logre situar esas búsquedas e inquietudes en una longitud de onda que apunte hacia los valores del Reino.

#### e) ¿Qué pedir a los jóvenes para que lleguen a hacer experiencia de Iglesia?

Cuando se quiere analizar la deficiente relación que, de hecho, existe entre la juventud y la Iglesia, lo más común es acusar a esta última de poner obstáculos y de impedir que los jóvenes hagan dentro de ella una verdadera experiencia eclesial, y se olvida fácilmente que también los jóvenes deben poner algo —o bastante— de su parte y que tienen que ser capaces de realizar las exigencias que reclama la experiencia cristiana. Y, por eso, la armonización positiva de los dos términos del binomio (juventud-Iglesia) se hace prácticamente imposible, debido a la descompensación que existe en el mundo de repartir una culpabilidad y unas responsabilidades que, de suyo, atañen a los dos. Por este motivo, yo me atrevo a sugerir aquí algunas exigencias que deberían ser claramente planteadas a los jóvenes a este respecto:

— Por lo pronto, tratar de contrarrestar el tópico fácil de las excusas (la culpa es de los adultos o de la institución eclesial...) con puntualizaciones que obliguen a un cuestionamiento personal: «No debo exigir a otros lo que yo no soy capaz de hacer...», «la Iglesia que yo quiero es la que estoy haciendo, o si no...».

— Acto seguido, y si es verdad que los jóvenes desean una Iglesia que sea transparencia clara del acontecimiento de Jesús, que se ponga de parte de

---

<sup>10</sup> Esta tesis es la que sostiene R. TONELLI en *Pastorale giovanile*, pp. 212-217.

los pobres y oprimidos, que se vea libre de poder y que rehúya las compo-  
nendas políticas..., la prueba más válida de la sinceridad de sus deseos —así  
habrá que hacérselo comprender— será la de mostrarse ellos mismos capaces  
de llevar a la práctica y de vivir las opciones evangélicas que invocan, pues  
sólo así es como conseguirán servir de testimonio a otros sectores eclesia-  
les y ofrecerse como alternativa válida y atrayente para una Iglesia que aspi-  
ra a mantener estas dos fidelidades: fiel a la frescura original del Evangelio  
y fiel también al dinamismo constante, nuevo y joven de la vida. Los jóvenes  
deben entender que la mejor forma de hacerse creíbles en sus denuncias y  
reivindicaciones es demostrar que ellos son capaces de algún modo de re-  
inventar la Iglesia que desean.

— Y para re-inventar esa Iglesia —es algo que también deben comprender—  
no basta con rechazar lo que no sirve o no convence; hay que ofrecer a cam-  
bio algo mejor. Tal es la dinámica que impulsa el proceso de cualquier re-  
volución contracultural, y que necesita, para ser efectiva, recorrer estos tres  
pasos: 1) *reinterpretación* de valores en una clave nueva; 2) *rechazo* de los  
viejos modelos sociales en que se han venido expresando esos valores; 3) *in-  
vención* de nuevos modelos que permitan vivir y expresar los valores que  
han sido reinterpretados. Ahora bien, no puede haber revolución total si no  
se consigue dar el tercer paso, que, de suyo, es el que más cuesta. Y en el  
caso de la renovación profunda de la Iglesia, a la que nos estamos ahora re-  
firiendo, el protagonismo activo de los jóvenes puede ser decisivo, siempre  
y cuando lleguen a ser capaces de materializar el tercer paso, es decir, siem-  
pre y cuando no se queden en proclamas utópicas o en manifiestos subversi-  
vos, sino que logren hacer de los diversos grupos juveniles existentes autónti-  
cos núcleos comunitarios, portadores de una rica experiencia eclesial.

— Habrá que invitar, asimismo, a los jóvenes a construir en positivo el *sen-  
tido de pertenencia eclesial*, que a nadie le es dado de balde y por las buenas,  
sino que, a tenor de lo que sugiere la dinámica de los grupos, requiere un  
progresivo esfuerzo de apertura a los otros y de disponibilidad cada vez más  
amplia hacia las personas, los objetivos y las tareas del grupo cristiano. De  
este modo se conseguirán ir superando, además, los celos y desconfianzas  
que manifiestan no pocos jóvenes hacia el conjunto eclesial, como conse-  
cuencia, por lo demás explicable, de su condición de «parcialmente identi-  
ficados».

— Y, finalmente, la mejor forma de que los jóvenes lleguen a experimentar  
la Iglesia existencialmente (una Iglesia percibida sobre todo en su misión  
de significar activamente el Reino y de construirlo), será la de convocarles  
preferentemente a ellos, que tan bien saben sintonizar con los valores cla-  
ves del Reino, a salir primero de la inercia pasiva, de la indolencia, el abur-  
rimiento y la apatía, que les relega a una vida vacía de ilusiones y propensa  
a conformarse con «el ir tirando», y a *sentirse luego ellos mismos Iglesia en  
acción* desde las plataformas o espacios grupales en los que, de hecho, se

encuentran, para que de este modo lleguen a descubrirse a sí mismos como parte interesada de Iglesia y experimenten la pertenencia eclesial *viviendo la Iglesia*.

Quiero terminar reafirmando en positivo lo que considero que son los aspectos más valiosos de los dos puntos que acabo de desarrollar en estas páginas, a saber, de una parte, la capacidad que tiene la Iglesia —o, por lo menos, algunos sectores de Iglesia— de mostrarse como referencia significativa para algunos jóvenes, que, consiguientemente, todavía creen en ella y aspiran incluso a realizarse actuando dentro de ella, y, de otra parte, las posibilidades reales que ofrece el grupo juvenil como marco adecuado, aunque no del todo completo, para que sus miembros hagan dentro de él la positiva experiencia de sentirse Iglesia. La comunidad, que logra ser mediación auténtica de Iglesia, es ya Iglesia; y esa comunidad para muchos jóvenes no puede ser otra que el grupo juvenil.